



RECENSIONES

Lourenzo FERNÁNDEZ-PRIETO, Juan PAN-MONTOJO, y Miguel CABO (eds.), *Agriculture in the Age of Fascism. Authoritarian Technocracy and Rural Modernization, 1922-1945*, Turnhout, Brepols Publisher, 2014, 261 páginas, por **Gustavo Alares López** (Instituto Universitario Europeo)

Agriculture in the Age of Fascism constituye un ambicioso intento de analizar las relaciones entre el mundo agrario y el fascismo, y al mismo tiempo reflexionar en torno al problema historiográfico -convertido ya en recurrente- que alude al carácter modernizador del fascismo y a su propia inclusión entre las utopías políticas modernistas. Y lo hace a través de una perspectiva comparada sustanciada en la reflexión sobre unos interrogantes similares aplicados a espacios nacionales y experiencias históricas diversas. Una estrategia que a la postre se revela como uno de los méritos del volumen.

Bajo el epígrafe "Fascism and modernity in the European countryside: a global view" los editores de la obra entretajan un capítulo de carácter integrador y de clara ambición teórica. Como síntesis de las aportaciones incluidas en el volumen, pero también como marco teórico referencial, los editores llevan a cabo una taxonomía del fascismo agrario -o más concretamente de las políticas agrarias del fascismo- a través de lo que han dado en denominar como los siete elementos que componen el "mínimo común" en las políticas rurales del fascismo. Un "mínimo común" integrado por un ruralismo discursivo de carácter anti-urbano; la consecución de la autarquía y la autosuficiencia alimentaria; un intervencionismo estatal de corte tecnocrático; la preferencia por las reformas técnicas que no socavaran la estructura de la propiedad; la aplicación de medidas corporativistas; un concepto militarizado de agro; y finalmente, la subordinación en la práctica del sector agrícola a las necesidades de otros sectores, fundamentalmente el armamentístico.

En última instancia, los autores defienden el carácter modernizador de las políticas agrarias fascistas, frente a las interpretaciones que inciden en el carácter meramente reaccionario de sus propuestas (p. 33). De hecho, más que una ruptura o paréntesis, las políticas agrarias del fascismo contemplaron la modernización técnica (y autoritaria) como solución de los problemas agrarios, y aplicaron una serie de medidas -en muchas ocasiones ya ensayadas con anterioridad- que en gran parte serían continuadas tras 1945 bajo el paradigma de la Revolución Verde. Una conclusión relevante y que permite integrar al fascismo en el largo -y a su vez debatido y contestado- proceso de modernización agraria. Sobre esta introducción de carácter teórico se despliegan los otros ocho capítulos que componen la obra.

Así, Stefano Grando y Gianluca Volpi ofrecen una visión panorámica las políticas agrarias del régimen mussoliniano: la *bonifica integrale*, la *Bataglia del grano*, la implantación del modelo

corporativo, o los proyectos de colonización (fundamentalmente en la Libia de Italo Balbo). Al mismo tiempo, los autores aluden a la dimensión simbólica de las políticas agrarias fascistas y a la utilización de la *Radio Rurale* y los *Massaie Rurali* como elementos en la creación de consensos (p. 61-65). Grandó y Volpi constatan el fenómeno de “modernización contradictoria” que ya señalara Tranfaglia (1995) y subrayan las continuidades de las políticas agrarias de la Italia post-fascista. Más interesantes -por lo específico y novedoso-, son las páginas dedicadas a las relaciones agrarias con los países danubianos y fundamentalmente Hungría, de la que Volpi es experto.

Por su parte, las políticas agrarias del Estado Novo centran la atención del capítulo de Daniel Lanero. Junto al establecimiento de un sistema corporativo favorable a los latifundistas y la importación de algunas medidas del fascismo italiano -como la *Campanha do Trigo* (1929-1936)-, las políticas agrarias salazaristas sufrieron un cambio significativo con las propuestas en clave modernizadora de Rafael Duque (1934-1939). El nuevo ministro impulsó una serie de reformas neofisiocráticas (diversificación productiva, colonización interna, política hidráulica, una tímida reforma de la propiedad de la tierra), destinadas a crear una clase media rural y consolidar la pequeña industria agroalimentaria. No obstante, sus proyectos fracasarían por la oposición de los grandes propietarios y el cambio de coyuntura propiciado por el inicio de la II Guerra Mundial. Todo ello se completó por el giro industrialista encabezado por Ferreira Dias a principios de los cuarenta (1940-1944), que subordinó la agricultura a las necesidades del sector industrial. Para Lanero, aunque el proyecto reformista de Rafael Duque “was clearly modernising and shared some features of agrarian fascism”, las políticas agrarias del salazarismo se encontraron muy lejos de constituir un proyecto de modernización agraria fascista (p. 102). En el fondo, la política agraria del Estado Novo se resumió en un precario equilibrio entre los proyectos modernizadores y las resistencias del que denomina “ruralist bunker” (p. 103).

Dentro de esa mirada panorámica propuesta por *Agriculture in the Age of Fascism* destaca la aportación de Zsuzsanna Varga en torno a la modernización agraria en la ultra-conservadora Hungría de entreguerras (1932-1944). Un país profundamente agrario y con una distribución de la propiedad extremadamente desigual, controlada “by a few dozen aristocratic families” (p. 116). El gobierno de Gyula Gömbös (1932-1936) promulgó en 1936 una nueva legislación inspirada en el *Reicherhofgesetz* nazi e impulsó una tímida reforma agraria que se encontró favorecida por la legislación antisemita y la consiguiente expropiación de las tierras de los judíos. No obstante, el inicio de la II Guerra Mundial supuso la integración de Hungría en el modelo económico nazi y la subordinación a la economía de guerra. Zsuzsanna Varga alude a las ambigüedades y límites de los procesos de modernización agraria en Hungría, condicionados por la influyente clase terrateniente y las dificultades financieras. Tras 1945, la Hungría comunista adoptó un modelo de rápida industrialización en detrimento de un sector agrario que, enormemente debilitado, no llegó a consolidar su modernización hasta la década de los setenta.

Por su parte Gesine Gerhard analiza las políticas agrarias nazis del Ministro Darré (1933-1942). Para la autora, la política agraria nazi no fue ni “anti-industrial nor technophobic”, y persiguió un modelo de desarrollo centrado en la autarquía alimentaria, el incremento productivo y la expansión territorial (p. 140). Objetivos que únicamente podía conseguirse mediante la introducción de medidas modernizadoras. Junto al ideario del *Blut und Boden* y la importancia del ruralismo (racista), Gerhard señala el ánimo productivista (*Erzeugungsschlacht*) de las políticas nazis y la organización corporativa del campo a través del *Reichsnährstand*, regulando todos los aspectos de la economía agraria. En cuanto a la estructura de la propiedad de la tierra se procuró la protección de la mediana propiedad y la conservación de la pureza racial de los agricultores a través *Reichserhofgesetz* (1933) que afectó a

700.000 explotaciones que no podían ser enajenadas (p. 148). Al mismo tiempo se impulsó la investigación agronómica y el desarrollo tecnológico aplicado al cambio agrícola (p. 152). En cualquier caso, las dinámicas bélicas ampliaron el marco de las políticas agrarias con el *Hungerplan* de Herbert Backe y la depredación genocida de los recursos agrarios de las tierras conquistadas (p. 151). Pese a que el periodo nazi representó “a pause, a reprieve from the forces of structural change affecting German peasants” (p. 152), la autora concluye que las aparentes contradicciones de la retórica del *Blut und Boden* sólo pueden entenderse en un contexto de modernización profundamente marcado por las prioridades de la guerra. Una modernización que no haría sino acelerarse de manera exponencial tras 1945.

El análisis de las políticas agrarias del austrofascismo y de la Austria nazi sirven a Ernst Langthaler para refutar las interpretaciones que han calificado las políticas agrarias fascistas como antimodernas. Tras las políticas ruralistas del *Ständestaat* austríaco -católico, corporativo y parafascista-, el *Anschluss* de 1938 representó una nueva fase de modernización forzada y dirigida, que pretendió la completa reorganización del modelo agrícola austríaco en el contexto del nuevo espacio europeo (*Großraumwirtschaft*). Junto a la regulación del sector impuesta por el Ministerio y el *Reichsnährstand*, esta fase destacó por una decidida apuesta por la mecanización del campo; la planificación de la producción bajo pautas productivistas (*Erzeugungsschlacht*); el establecimiento de audaces planes comunales; o el incremento del control estadístico (*Hofkarte*). Para Langthaler, las políticas desarrolladas en Austria responderían a esa “modernidad alternativa” propia del fascismo que, si bien no llegó a afectar al grueso del sector agrícola, sí que constituyó “an irreversible step along the path towards a productivist food regime in post-war Austria” (p. 177).

Ana Cabana y Alba Díaz-Geadá llevan a cabo una apretada síntesis del “fascismo agrario” durante la posguerra española, coincidiendo en señalar la potencia del discurso ruralista del franquismo aunque, quizá de manera reduccionista, lleguen a juzgarlo como meramente retórico e instrumental. En cualquier caso, junto a esa continua apelación al campesinado, el régimen llevó a cabo una profunda regulación del sector y la fijación de precios para favorecer unos consumos de subsistencia en las ciudades. A su vez, el franquismo impuso un férreo corporativismo -a través de las Hermandades Sindicales de Labradores y Ganaderos- que sentó las bases para una posterior modernización autoritaria. Por otro lado, la dictadura impulsó una serie de políticas de larga tradición -como la reforestación, la política hidráulica y la colonización interior-, que fueron aplicadas bajo el autoritarismo estatal. No obstante, la década de los cincuenta dio paso a cierta inversión de términos. Se produjo un fenómeno de descampesinización y la adopción de unos criterios fundados en la Revolución Verde, propiciando un desarrollo agrícola bajo unos parámetros asimilables al resto de países europeos, con la diferencia de que en España se produjo en un contexto autoritario. Así, las autoras concluyen que, pese a los escasos recursos financieros del régimen, pueden localizarse durante la etapa del “fascismo agrario” algunos primeros pasos hacia una modernización que, ya en años posteriores, se desarrollaría bajo el modelo de la Revolución Verde (p. 206-207).

En relación a las transferencias -explícitas o implícitas- entre los diversos regímenes fascistas resulta revelador el capítulo de Tatsushi Fujihara. Fujihara señala la influencia del pensamiento de Darré, así como las similitudes entre el *Blut und Boden* y el *Shindofuji* (la exaltación de la tierra y el cuerpo saludable) y el *Sintoísmo* (y su veneración a los ancestros). Unos planteamientos que se pondrían de manifiesto en la ambiciosa política de colonización desarrollada en Manchuria desde 1936. Fujihara traza las similitudes entre la legislación japonesa y el *Reichserbhofgesetz* nazi, aunque el autor

no llegue a exponer con certeza los mecanismos de transferencia (p. 231). Sería pues conveniente seguir investigando los cauces de estas transferencias de cara a establecer una cartografía fidedigna de esta circulación de ideas y políticas agrarias entre regímenes fascistas.

El volumen se cierra con el artículo de Édouard Lynch en torno a la Francia de Vichy. El régimen de Pétain y su política de *retour à la terre* redundó en una exaltación de las virtudes rurales y en una defensa de la propiedad privada frente a cualquier tipo de proyectos modernizadores (p. 246). A su vez, procedió al encuadramiento político y administrativo del mundo agrario (a través de la *Corporation Paysanne* y el ONIC). No obstante, las limitaciones de ambas entidades vinieron a revelar algunas de las debilidades del *État Français*, condicionado por las disensiones internas y la propia agitada trayectoria política de la Francia de Vichy. Lynch concluye que, paradójicamente y sin llegar a constituir un proyecto modernizador -“the regime's agricultural policy leaned more towards counter-revolution than fascism” (p. 257)-, el régimen de Vichy favoreció la implantación de diversos mecanismos institucionales y políticos -técnicos y expertos agronómicos- que jugarían un papel destacado en la modernización agrícola de posguerra (p. 256).

Los artículos presentes en el *Agriculture in the Age of Fascism* manifiestan la apuesta consciente por un planteamiento de signo analítico que se revela como imprescindible para superar las diferentes tradiciones historiográficas y la diversidad conceptual. Dos premisas indispensables para poder llevar a cabo el ejercicio comparativo y transnacional que anima el grueso del volumen, y que convierte a *Agriculture in the Age of Fascism* en una obra importante para el análisis de las complejas relaciones entre el mundo rural y el fascismo.